

25 capítulos de la obra y el sabroso apéndice de la correspondencia cursada por Sarmiento a Mitre no deberán ser desconocidos por aquellos que se inquietan con voluntad positiva por el destino de la Patria, ciertamente ensombrecido por una lastimosa realidad presente.

La conciencia del espacio; la creación del virreinato del Río de la Plata y la disgregación nacional; la Argentina, ¿ínsula o península?; regionalizaciones; traslado de la Capital Federal; la obra portuaria biestatal de la Coronilla en la República Oriental del Uruguay; la canalización del Bermejo; el Paraná Medio; la viabilidad de la Argentina para ser potencia continental, etc., son temas que entre otros, plantea Asseff, cada uno en integral armonía con los restantes, constituyendo un solo haz de la trama de potenciamiento y proyección continental de la Argentina.

En un prefacio que peca de sincero, el Dr. Asseff expresa lo que muchos argentinos sienten de frustración y esperanza, y por sobre todo queda manifiesta una voluntad, cada día más desazonada, por construir aquella Nación, y no otra, acorde con su historia verdadera, a la altura de su potencialidad cierta, asumiendo la índole hispanoamericana de nuestra esencia, a la medida que los tiempos exigen y que la Patria puede.

Nos congratulamos pues con esta obra de Asseff, divulgadora en profundidad de temas vitales para la Nación, que obligará a pensar con madurez y fundamento, tanto en casos de coincidencias como de disidencia, y que sin duda, motivará —aparte del quehacer del autor— muchas y provechosas iniciativas en el devenir, no solamente de trabajo intelectual sino principalmente en la actividad política y la acción de gobierno de nuestra tierra.

El libro que comentamos no se limita a considerar la soberanía territorial que, con ser angular, no lo es todo. También abarca a la soberanía vertical que podríamos definir como el grado de penetración de la cultura y el trabajo de la sociedad argentina en el territorio que dispone. Un pueblo aculturalizado es análogo a una tierra tan yerma como árida. Una Nación, por el contrario, culturalizada, es como una tierra arada y verde, donde los frutos que se obtienen son el resultado del trabajo aplicado y de la mente despierta. Y, por sobre todo, de saber a dónde se va y para qué. Asseff, por eso, nos habla de los prerequisites para la proyección argentina y allí inserta desde la cohesión política de la Nación hasta un alto desarrollo industrial, incluyendo la tecnología de punta. No es, pues, un libro de soberanía territorial, sino de soberanía total.

En resumen, estamos frente a una obra del pensamiento nacional que, con inspiración geopolítica, apunta a consolidar y actualizar históricos empeños de la Argentina inconclusa. Es, por ende, de lectura recomendable para políticos, historiadores, intelectuales y, sobre todo jóvenes, es decir, los grandes y torrenciales protagonistas de la "Proyección Continental de la Argentina", una empresa de contagiosa dinámica, destinada a forjar una gran Nación en el Cono Sur americano.

Juan Carlos Espeche Gil

González Arzac, Alberto,
"La torta menguante",
Peña Lulo Editor, Buenos Aires, 1981.

Sin duda, conocer al autor de un libro confiere una ventaja adicional a quien deba comprometerse en la crítica bibliográfica de la obra. Conocimos a Alberto González

Arzac en las postrimerías de 1972, compartiendo ideales políticos en una época convulsionada de nuestra historia. Hoy, ambos diez años más viejos, luego de ver a través de la experiencia vivida como se precipita la grandeza y la mezquindad de los hombres y las acciones, pocas se nos hacen las conductas parejas. La de González Arzac es justamente una de ellas, casi diríamos arquetípica. Solidario y constante en sus lealtades, es —ante todo— un político de raza. Pero, además, es un eximio jurista y un hombre con sentido del humor. Seguramente, si no hubiera sido esto último, el libro que comentaremos jamás hubiera podido ser escrito.

"L* tort menguante" es, en verdad, una obra de sociología constitucional. Quizás podría parangonarse a aquellas conferencias pronunciadas por Ferdinand Lassalle, el padre de la socialdemocracia, entre 1862 y 1863, pensando también en la vulgarización de las ideas. González Arzac pudo haber titulado esta obra "¿Qué es una constitución?", tema sobre el que igualmente ha escrito como lo hiciera Lassalle al reseñar los factores reales del poder y el rol de los grupos sociales en el Estado. Por otra parte, ese es el tema principal al que González Arzac se ha dedicado como publicista y profesor universitario.

Claro que ¿quién hubiera leído su libro? Posiblemente muy pocos en estos momentos de crisis constitucional. Empero, "La torta menguante" será —a no dudarlo— un libro con porvenir.

Su amena lectura nos indujo a formularnos tres interrogantes y a ensayar tímidas respuestas. En primer lugar, por qué no escribió sobre el Estado y, en cambio cogió la figura de la torta. Se nos ocurre que en una Argentina feudalizada —doi interés sectorial ha privado sobre el bien común— tal vez el autor ha querido asimilar Estado a una torta, que todos los sectores pretenden hoy fagocitar en la medida de sus fuerzas. Luego, por qué González Arzac no escribió científicamente y prefirió el género de la sátira. Con certeza nos inclinamos a pensar que en este punto el autor sacó parte de su tendencia irrefrenable a encontrar el lado humorístico de todas las cosas. Por otra parte, en la literatura de nuestra lengua, esta modalidad contabiliza el prestigio inabarcable del "Quijote". Finalmente, nos preguntamos por qué utilizó el "lunfario" Quizás porque González Arzac, por su personalidad, se encuentre entre aquellos que pueden darse el lujo de camuflar una sólida formación cultural con un cierto populismo (o "populista", como diría nuestra "prensa seria"), sin que nadie lo perciba como chabacán.

Hemos hablado tanto o más del autor que de su obra. Es que detrás de cada esfuerzo intelectual encontramos siempre un hombre de carne y hueso, que también escribe para los hombres concretos. No hay, no puede haber un libro fuera del contexto humano que le dio vida y al cual va destinado. Para quienes lo conocemos, González Arzac ha sumado otra valiosa obra a su ya vasta producción bibliográfica. Para quienes hasta ahora no lo han conocido y quieren saber por qué la economía del país puede parangonarse con una torta, recomendamos la lectura de este libro.

Leopoldo Frenkel

Jacovella, Guillermo, "La Argentina: Su lugar en el mundo"
Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1981.

Guillermo Jacovella nos invita a incorporarnos a un gran debate de ideas y pro-

puestas. Sin artificios ni posturas académicas, esta su primera obra está hecha de convicción y corazón. Convicción por ese optimismo en el hombre, y corazón por ese amor grande y desinteresado.

El primer tema que plantea es el de la identidad cultural, para señalar de que modo el positivismo, con sus mitos de "progreso indefinido" y el "economicismo", ha producido un verdadero vaciamiento espiritual en la sociedad occidental. El hombre ocupado obsesivamente en el hacer y el parecer, ha olvidado el ser.

Sin negar la utilidad del desarrollo técnico y económico, Jacovella llama la atención sobre el "desarraigo" que en el hombre de Occidente ha producido la "modernización".

La Argentina —que "comenzó a pensarse no sólo con ideas europeas, sino como si fuéramos europeos"— no escapa de esta escisión profunda que aqueja al hombre y la sociedad occidental.

Aquí la tarea "civilizadora" fue realizada por minorías que olvidaron asumir la herencia cultural del pasado (lo anterior es malo o sospechoso). Guillermo Jacovella propone rescatar o reedificar nuestra identidad cultural a partir de la libertad. Porque sólo en libertad podremos buscar en el seno del pueblo los elementos para ese rescate. Porque "sin libertad de expresión y discusión es casi imposible que todos esos formidables impulsos intelectuales y creativos de una comunidad puedan abrirse camino y enriquecer el conjunto". Solamente la libertad de los ciudadanos —y no una libertad por "decreto"— puede engrandecer y fortalecer la identidad cultural.

El libro propone como gran tarea rescatar el pasado en "su totalidad" con sus caudillos y hombres de libros, sus gauchos e inmigrantes, sus mestizos y urbanos. El estudio de la historia en vez de unir, nos separa. Guillermo Jacovella propone "reestudiar", "reescribir" nuestra historia. Con gran valentía, y con claro y enaltecedor desigmo político, propone construir una historia de "mitos" que nos unan, de creencias en valores que sean comunes a todos a fin de cimentar la unidad, la identidad cultural para la plena realización del país. Estudiante de la historia universal, el autor invita a recrear una epopeya nacional con sus mitos y dioses que no sean el producto del catecismo de la ilustración y del positivismo.

Otro tema tratado por la obra es la relación del argentino con el espacio. Recuerda que en la Argentina se vivió el espacio como un mal; que en realidad el espacio fue "un mal" como lo dice Murena, vastedad y monotonía en Güiraldes, Cambaceres o Mallea. Según Guillermo Jacovella, y esta vez argumentando en su calidad de diplomático, esa mala relación con el espacio se trujo en una de las constantes de nuestra política exterior: la desmembración territorial.

Hoy, afortunadamente, el espacio ha sido integrado, apreciado y revalorizado en el corazón de la población argentina. No es más "una frustración metafísica" ni una condena.

En una etapa posterior de su pensamiento, Guillermo Jacovella propone accionar en el plano de la cultura para integrar y no polemizar, para interpretar un modo de sentir y vivir que no sea tributario de "fáciles ideologías totalizadoras", o como diría algún autor del Club de l'Horloge, "reduccionistas". Crear una fuente emocional común que nos una en el recuerdo, aceptar que no somos lo de afuera sino lo de adentro.

El libro es un alegato a un mayor compromiso con nuestra América frente a una Argentina aislada o europea. América por sus afinidades profundas. América como nueva modalidad del ser en Occidente. América como sueño.

Guillermo Jacovella nos invita a asumir que "nuestro original modo de ser, sea como argentinos sea como latinoamericanos, es, fundamentalmente, un modo particular

de ser occidentales". Esa posibilidad de ser auténticamente argentinos y auténticamente latinoamericanos, sin privarnos de la historia de Occidente" nos dará una mayor libertad espiritual.

Se acabó la Argentina como país "puente" entre Europa y Latinoamérica, la hipótesis del aislacionismo es impensable, "el panamericanismo no ha logrado superar el estricto marco de los intereses norteamericanos".

Jacovella confirma el país en Latinoamérica. Su visión de la política exterior significa una modificación de los planteos tradicionales de una Argentina pensada desde afuera (desde Europa).

En la parte final de su trabajo, el autor, luego de señalar lo que se han considerado como rasgos positivos y negativos del carácter argentino, trata de probar con símbolos —por ejemplo, el sol flamígero incásico del escudo y la bandera— nuestra pertenencia a Latinoamérica. La Argentina es un modo original de Occidente, pero Latinoamérica es "nuestro hombre y nuestra manera de ser occidentales". Hay pues bases suficientes "para fundar una nueva política cultural exterior argentina en Latinoamérica", sin la cual piensa el autor que no puede haber una política exterior.

El libro de Guillermo Jacovella demuestra ser el fruto de una larga, profunda e inteligente reflexión sobre la realidad nacional. Demuestra también que su autor es un hombre de acción, como ya lo ha demostrado en su carrera diplomática.

El desafío que propone es inmenso, titánico: una revolución cultural, en un marco de libertad.

Juan Archibaldo Lanús